

zado cadáver parece no faltar ya sino el entierro y un sepulcro, la otra América digo, por la fuerza de un movimiento comun á toda la raza, reaparecerá bien pronto tambien con sus diferentes nacionalidades en el congreso de las naciones definitivamente constituidas con su libertad, con su independencia, con sus instituciones, cualesquiera que sean [frenéticos aplausos] con todos sus derechos que cada dia mas son el patrimonio así de los pequeños como de los grandes pueblos. [Aplausos].

En nombre, pues, de D.^a Isabel II, concluyó el Sr. Tassara, brindo á mi vez por la América española (Aplausos). Decíeos, señores representantes de la otra América, decíeos á vosotros mismos todas las palabras de bondad, de cariño, de amor, de lealtad, de respeto á la independencia, de confianza en el porvenir, que pueda inspiraros vuestro patriotismo, y esos son los sentimientos de la reina de España hácia vosotros y hácia nuestros pueblos. (Aplausos prolongados).

Brindo por las dos Españas regeneradas, la de América y la de Europa, [aplausos] que se abrazan aquí estrechamente en un fraternal abrazo. [Aplausos].

El Sr. Tassara terminó proponiendo un brándis que fué respondido con efusion.

“Al presidente de los Estados-Unidos, y á la tranquilidad y prosperidad de este país.”

Un aplauso estrepitoso coronó este discurso, que decidió de la suerte del festin. Todo el entusiasmo que hubo en él no fué sino emanacion de este brillante arranque del Sr. Tassara, que al mismo tiempo reposado y enérgico, lleno de fé y de conviccion, supo inspirarla á todos los presentes, como la inspirará á cuantos lean su discurso.

En este momento se levantó el Sr. Camacho, cónsul de Venezuela, y dió lectura á las comunicaciones recibidas por

la comision directora, del secretario de Estado Mr. Seward y otras personas invitadas, manifestando los motivos que les impedian asistir al banquete. Reproducimos á continuacion la del Sr. D. J. S. Asta Buruaga, ministro de Chile:

WASHINGTON, 12 de Junio de 1862.

Sr. D. Federico L. Barreda.—Nueva York.—Mi muy estimado amigo: Siento verdaderamente no poder asistir á la comidá dada mañana en esa, en obsequio del señor general Prim, por impedírmelo la enfermedad de mi señora, de que hablé á vd. en mi anterior. Créame vd. que desde el principio en que vd. promovió esta manifestacion de deferencia á España por su última actitud respecto de la cuestion de México, mi deseo fué tomar parte en ella, como que concurro con vd. en el pensamiento y significacion que envuelve.

Para nosotros los americanos es una satisfaccion ver á la antigua madre patria siempre digna de su tradicional lealtad y nobleza. Esa política de España que aprobamos en la conducta de su general en México, contribuirá mas que otra cosa alguna á que nuestras relaciones con ella sean cada vez mas estrechas y francas, mas cordial y espontánea nuestra comunidad con ese gran pueblo, pues esas son las comunes aspiraciones de nuestras repúblicas, como lo es tambien su disposicion á defender su independencia y los principios consagrados en nuestras instituciones.

Repito, pues, á vd. mis excusas, y quedo su afectísimo amigo y colega

J. S. ASTA BURUAGA.

Tambien leyó el Sr. Camacho un soneto en alabanza del señor marqués de los Castillejos, el cual fué acogido con visibles muestras de aprobacion.

Sr. D. J. J. Barril.

Al Exmo. Sr. general D. Juan Prim, conde de Reus marqués de los Castillejos; al valiente soldado cuyas proezas llenarán una página gloriosa en la historia de su país, cuyo patriotismo enaltecerá sus hechos, y cuyas cualidades como hombre podemos apreciar los que hemos tenido la fortuna de conocerle.

Contestando á este brándis *el señor conde de Reus*, se expresó así:

Tengo á gloria, señores, contestar este brándis que me es personal, porque me veo rodeado de buenos españoles ó hispanoamericanos, ó sea de españoles y españoles, como tan acertadamente ha dicho el señor ministro de España, y en momentos en que mi conducta está sujeta á la sancion pública.

Muchos han creido, señores, que nosotros fuimos á México movidos por pasiones bastardas y opresivas. Nunca mi reina ni mi patria desde el primer momento en que se formó la expedicion, hasta la hora que tengo el honor de hablar, nunca, señores, tuvo nadie la idea de atacar la independenciam de México (Grandes aplausos). Digo que nunca, porque España es la primera en respetar y será la primera en hacer respetar la libertad de México (aplausos); programa que todos sostenemos desde la augusta señora hasta el último manolo, si hay último entre nosotros, que somos todos ciudadanos, como la reina misma es el primer ciudadano.

A tan buenas palabras como me han dirigido el señor ministro de España y los Sres. Barril y Camacho, no sé en mi emocion qué contestar. Mucho de agradecer son las buenas

palabras en todas ocasiones; pero doblemente dulces suenan en tierras lejanas, cuando en sus ecos llevan la paz y el amor á los demas pueblos de nuestro origen, para que ellos nos amen como nosotros los amamos, para que sepan que los respetamos en su desgracia, para que sepan que si un dia los combatimos, fué como el hijo á quien el padre no creyó todavía de edad bastante para andar de propia cuenta. (Bien! bien!)

Hoy son libres, son independientes, y hoy les decimos: "Venid á nosotros, que os recibimos sin segunda intencion, sin dejar oculto nada, con todó nuestro afecto. (Aplausos). Venid como querais, que si sois felices, esa dicha será la de vuestra madre!"

En México no queria España sino que se respetasen los tratados. Pero desde el instante en que una de las tres naciones aliadas cambió de intencion y trocó la satisfaccion del agravio en otra cosa, España se retiró del campo porque se quebrantaba la base del pacto, se contravenia á los deseos de su reina, se infringia la política de su gobierno, y séame lícito despues de tan altos principios añadir, que sé contrariaban mis propios sentimientos.

Tal vez haya quien me censure por imprudente, ó siquiera me califique de ligero al expresar estos conceptos. Pero yo no pretendo hacer de ellos un secreto, no; quiero decir lo mismo aquí y en todas partes. Quiero que el continente americano sepa que somos amigos y que sabemos serlo. (Aplausos).

La reina mi señora y su gobierno han aprobado mi conducta, porque era conforme á la letra y al espíritu de los tratados, á las órdenes y á las nobles intenciones de la excelsa soberana, á la independenciam de los pueblos hispanoamericanos. (Grandes aplausos).

Señores, permitidme ahora en nombre del agradecimiento por la cordialidad, el afecto amistoso, la benevolencia con que por todas partes se nos ha tratado aquí, brindar por los ciudadanos, por los soldados, por el país hermoso de los Estados-Unidos. [Prolongados aplausos].

El sexto brándis, propuesto tambien por *el Sr. Barril*, decia:

“Paz perpetua y amistad sincera entre España y los pueblos hispanoamericanos.”

Al cual contestó de este modo *el Sr. Irisarri*, ministro de Guatemala:

“Se ha brindado á la paz perpetua y á la amistad sincera entre España y los pueblos hispanoamericanos. En este brándis se ha manifestado el deseo mas natural, mas justo y mas eminentemente político que pueda existir entre naciones de un mismo origen, de una misma lengua, de una misma religion y de unas mismas costumbres. Los españoles, tanto europeos como americanos, hemos tenido una misma historia por mas de trescientos años, y comunes han sido durante este tiempo las glorias y las desgracias de la nacion. Los hijos de los españoles en el Nuevo-Mundo no han podido ménos de enorgullecerse de pertenecer á aquella raza á que perteneció un Pelayo, un Cid, un Guzman el Bueno, un Las Casas, y muchos otros varones ilustres que descuellan entre los mas célebres de la tierra. Si el curso de los acontecimientos humanos ha hecho que la nacionalidad española se haya dividido en varias nacionalidades en América, no por eso se ha hecho que los hijos dejen de serlo de sus padres, y que la sangre de estos hijos se haya convertido en sangre de una raza diferente y mucho ménos enemiga. Yo veo con sumo placer que el gobierno de Isabel II, la décima-

tercia nieta de la gloriosa Isabel á quien se debió el descubrimiento de América, acaba de dar al mundo la prueba mas solemne, mas clara, mas convincente de la simpatía, de la moderacion y de la generosidad con que quiere proceder en sus cuestiones con sus hermanos hispanoamericanos. Envía á México un ejército para conseguir la reparacion de los agravios que se habian hecho; pero desde que ve que por circunstancias imprevistas las cosas podian ir mas léjos de lo que era tolerable á la soberanía y á la independencia de aquella república, reembarca su ejército y suspende el arreglo de la cuestion hasta que pueda hacerse con ménos perjuicio de México. Tal nobleza y generosidad no puede ménos de redundar en mayor gloria de que dá ejemplos tan dignos de imitarse. Como ellos son insólitos, ó mas bien diré, desconocidos entre las naciones, en esto ha manifestado el gobierno español, que no solo no tiene los deseos ambiciosos que sus enemigos le atribuyen, sino que trata con la mayor magnanimidad de evitar á México todo género de injuria, y procura que esta república conserve su independencia, y que se gobierne segun los principios que establezca la libre voluntad de sus habitantes. Sea esta manifestacion del gobierno español bastante poderosa para estrechar los lazos de confraternidad y de amistad la mas cordial y mas perfecta, con los cuales se hagan cada vez mas íntimos de comun interes entre los habitantes de la Península y los de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Vean todos los pueblos de estas repúblicas, que los españoles son sus aliados naturales, sus amigos verdaderos y sus verdaderos hermanos, y que no hay que temer de ellos, que valiéndose de falsos pretextos para llevar la guerra á aquellos países, vayan á ellos con el fin de apoderarse de ninguna parte de su territorio, ni con el de obligarlos á gobernarse segun las for-

mas que no encuentren convenirles. La América Central es felizmente el país en que se hizo la separacion de la antigua metrópoli, sin que costase una sola gota de sangre y sin que aquella antigua metrópoli haya jamas intentado otra cosa que establecer entre ambos países las relaciones mas amistosas y de un comun interes, fenómeno extraordinario en la historia de las trasformaciones políticas. Ved, señores, en la bandera de Guatemala, el testimonio mas claro de la amistad que conserva aquel pueblo hácia España: ved allí todo el pabellon español en el centro del guatemalteco, con el agregado de las listas blancas y azules que adoptaron los Estados cuando se declararon independientes. Y es bien de notar que estos sentimientos son los mismos que abrigan los pueblos del Salvador, á quienes tengo tambien la honra de representar en este país, y los mismos que manifiestan los otros pueblos de la América Central. Haya, pues, para el bien de las repúblicas hispanoamericanas, para el bien de España y para el bien del mundo entero, paz perpetua y amistad sincera entre los españoles de ambos continentes."

Los dos brándis siguientes fueron dedicados el uno al ejército y el otro á la marina de España.

Hé aquí el primero:

El Sr. Barril.

"Al ejército español tan dignamente representado en esta mesa; á los valientes que militan bajo la gloriosa bandera vencedora en los Castillejos y en Tetuan."

En seguida hizo uso de la palabra el señor brigadier Milans del Bosch, y sentimos sobremanera no haber podido tomar nota, para trasladarla á nuestras columnas, de su elo-

cuente improvisacion, en que no sabemos qué celebrar mas, si la oportunidad y elevacion de los conceptos, ó lo fácil, correcto y galante de la expresion. El Sr. Milans nos ha causado una verdadera sorpresa, bien agradable por cierto: lo conociamos de fama como militar bizarro é inteligente; pero no teniamos noticia de sus dotes oratorias; porque el Sr. Milans es orador, y orador aventajado. Tal fué desde luego nuestra opinion, y tuvimos el gusto de verlo apoyado por todos los demas que oyeron su discurso. Habla mucho, y siente y piensa tan bien como habla, de modo que siempre deja á su auditorio con deseo de que hable mas todavía.

Solo conservamos, aunque confundidamente en la memoria, una de sus frases mas felices y mas aplaudidas, aludiendo á lo que acaba de pasar en México. "La reina D^a Isabel I, dijo, envió sus huestes á estas regiones para conquistar un mundo: la reina D^a Isabel II ha enviado acá las suyas para conquistar corazones."

El brándis de la marina española decia así:

El Sr. Barril.

"A la marina española, que en el reinado de la segunda Isabel renace como el fénix prometiendo volver á elevarse ántes de mucho á la altura que alcanzara en los tiempos gloriosos de los churrucas y de los galianos."

Contestó en breves palabras el Sr. Suñer, segundo comandante del vapor "Ulloa," en ausencia del primero, que no pudo asistir al banquete por encontrarse enfermo á la sazón.

Véanse ahora los otros discursos que sucesivamente se pronunciaron:

El Sr. Montúfar, representante del Salvador.

Señores:—La pequeña república del Salvador ama á España, porque es la patria de nuestros padres, y la respeta por la grandeza de su historia.

“La política de España en el continente americano, ha dicho el Sr. Calderon Collantes, es desinteresada, nacida de la justicia é inspirada por la fraternidad.”

Esta declaracion solemne, la hidalguía del pueblo español, la noble conducta del conde de Reus, y los discursos que el señor ministro de España ha pronunciado en esta mesa, nos demuestran que España no pone en peligro la independencia hispanoamericana, y que nuestras relaciones con ella deben ser las que existen entre un padre querido y su hijo emancipado. Pero el Sr. Calderon Collantes ha dicho mas. Ha declarado á nombre del gobierno de la reina, que España no solo no pretende dominar á las naciones que en otro tiempo fueron sus colonias, sino que no consentirá que ninguna otra potencia ejerza dominacion sobre ellas.

Esta declaratoria ha producido nuevas y grandes simpatías en todos los corazones hispanoamericanos. Brindo, pues, por los nobles sentimientos que la han dictado, y porque ninguna consideracion política ni social sea nunca capaz de disminuirlos. [Aplausos.]

El Sr. Romero, ministro de México.

Señores, amigos, hermanos: Es muy grato para mí encontrarme en esta distinguida reunion, rodeado de caras que me son familiares, de personas que hablan mi misma lengua, que profesan mi misma religion, que tienen mis

mismas costumbres y que pertenecen al mismo tronco de la especie humana á que yo. Me encuentro, lo digo sin vacilar, en el seno de mi familia. Muy solemne es la ocasion que nos tiene reunidos en este lugar: venimos á celebrar el renacimiento de la gran familia española, la reconciliacion entre el tronco y las diferentes ramas de la misma familia, renacimiento y reconciliacion que están simbolizados en la persona del ilustre conde de Reus.

Señores, por una cadena de circunstancias lamentables, que no debemos recordar sino para olvidarlas perpetuamente, la España habia aparecido hasta aquí como amenazando la independencia, como queriendo reconquistar á las repúblicas americanas sus antiguas colonias: este era el caso con México y puedo asegurar que los mismos temores existian de parte de las repúblicas hermanas. Estaba reservado á la España liberal de 1862 rasgar ese velo y manifestar con hechos dignos y nobles, que léjos de pretender la reconquista de la América, habia resuelto hacer lo posible para conservar tal independencia, de la que quiere volverse campeón, defensora y garantía. Tan noble proceder y tan sabia política estaban reservados desarrollar á la distinguida persona del dignísimo conde de Reus, quien, aunque segun acaba de manifestarnos, no hizo mas que poner en práctica las instrucciones de su gobierno, en el vasto campo que naturalmente se dejó á su discrecion para que obrara como lo exigieran las circunstancias del caso en el terreno de los hechos y sobre el lugar de los sucesos, se manejó con una lealtad, una justificacion, un acierto, un tino y una prudencia dignos de sus muy honrosos antecedentes, y que contribuirán á enaltecer su nombre en ambos mundos, mas de lo que hasta ahora lo habia estado por los lauros que ha conquistado en los campos de batalla. Creo, señores, que expre-

so fielmente las ideas y los sentimientos del pueblo que tengo la honra de representar, al manifestar que estoy plenamente satisfecho de la conducta observada por nuestro ilustre amigo el conde de Reus durante su permanencia en México y su difícil misión en aquella república, y que la considero tan ventajosa á los intereses de México como á los de España. El conde de Reus llegó á México como enemigo, y cuatro meses de residencia le bastaron para que saliese como amigo, sin haber disparado un solo tiro, y habiéndose ganado completamente, para sí y para su patria, el corazón de los mexicanos amantes de su país y admiradores de todo lo que es grande, de todo lo que es noble, de todo lo que es hidalgo. Espero, señores, que la sabia y previsora política iniciada en México por el dignísimo conde de Reus, sabrá desarrollarse en todos sus pormenores y consecuencias naturales y que producirá una revolución en todo el mundo político, mas grande que la que ocasionó el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon; mayor que la que produjo la emancipación del continente de la madre patria, cuando por creer que tenía los elementos necesarios para gobernarse por sí mismo, proclamó su independencia é inició su existencia como pueblo independiente.

Tenemos, señores, demasiado motivo para estar orgullosos de nuestro porvenir y nuestra historia. Nuestro idioma se habla en una grande extensión del mundo civilizado; nuestro porvenir simboliza la razón, la justicia, el honor y la libertad. Unidos todos, no tendremos nada que temer de todos los que por no conocernos nos ven de reojo y tratan de imponernos su voluntad. El primer paso para tan deseada unión está dado ya, y tan propicio acontecimiento debe llenar de regocijo á todas las ramas de la familia española. Brindo pues, señores, por la salud y prosperidad del conde

de Reus, que ha tenido la fortuna envidiable de inaugurar la nueva era en que siento que va á entrar la familia española, y por el ilustrado gobierno español por cuyas instrucciones y en cumplimiento de cuyos deseos ha comenzado la era de nuestra regeneración.

El Sr. Barreda, ministro del Perú.

Señores: Se ha brindado por S. M. la reina de España, por el Sr. general Prim, por la paz y amistad entre España y la América española y por otras cosas y personas que no es necesario puntualizar. Pero en medio del natural entusiasmo y general aplauso que esos brúndis han suscitado, no se ha hecho mención aún de uno que espero será bien aceptado por todos, porque se dirige al digno representante que, declarado campeón de nuestra raza, ha sostenido por cinco años su dignidad y sus intereses. Hablo, señores, del señor ministro de España. [Aplausos].

Yo, señores, he sido testigo de las luchas y de los trabajos de ese digno representante. Durante ese tiempo, el Sr. García Tassara, lleno de fé en el porvenir y de entusiasmo en el corazón, ha vindicado heroicamente la posición que ha ocupado y ocupará en el mundo la raza á que todos pertenecemos.

Aunque representante de una nación cuya independencia no ha sido todavía reconocida por la España, (el Sr. Tassara: Está reconocida. El general Prim: Sí.) Creo conocer bastante las ideas y sentimientos de mi gobierno para declarar que, despues de lo ocurrido en México, el Perú será el primero en tender la mano de amistad á España. (Aplausos).

Señores, desde que la América conquistó su independen-

cia, sumida la España en disturbios internos que, si bien han producido para ella el orden constitucional, la libertad civil y los derechos políticos, no le permitieron cultivar como era de desearse sus relaciones exteriores, parece natural que entre ella y la América española se hayan conservado ciertos recelos y preocupaciones que ántes de ahora se habrían disipado si esas desgraciadas circunstancias no lo hubiesen impedido.

Volvemos ahora al estado en que nos encontráramos poco despues de obtenida esa independencia. El general Prim acaba de levantar en México la bandera de la reconciliación, y ella será tanto mas absoluta y completa, cuanto que no existen entre América y España intereses encontrados.

Raza, religion, idioma y costumbres, todo es idéntico en ambas. No hay razones de política, de intereses ni de influencias que se choquen, y la paz y amistad que entre ellas se establezcan serán tanto mas duraderas cuanto mas sólidas son las bases en que se fundan.

Habrá, pues, lo espero en época no lejana, entre ambos pueblos, una alianza algo mas estrecha y duradera que la que tan enfáticamente se pregona hoy en el mundo entre ciertas naciones en las que raza, religion, idioma é intereses, todo en fin es heterogéneo. (Aplausos).

Señores, lo que yo he dicho no es mas que un plagio, hasta cierto punto ridículo, de las ideas y sentimientos de un hombre en quien reconozco capacidad, talento posición y otras dotes muy superiores á las mías, y ese es el ministro de España, por quien brindo. [Aplausos].

El Sr. Tassara contestó que aceptaba con gran placer el brindis á su persona que en términos de tanta cordialidad y elocuencia habia tenido la bondad de proponer su particular

y distinguido amigo el señor ministro del Perú, y que lo hacia no solo sin humildad, sino con un legítimo orgullo, porque en efecto, ya que no con otras cualidades, con las de un corazón ardiente y de un comun patriotismo, él habia sido siempre el defensor mas infatigable, el campeón en cierto sentido mas intolerante, de los pueblos hispanoamericanos; [aplausos] siendo cosa sabida de todo el mundo que para él en América no habia habido diferencia ninguna entre hispanoamericanos y españoles sino en favor de los hispanoamericanos, [aplausos] y que le causaba una inmensa satisfacción el verlo así reconocido por un hombre de la importancia del Sr. Barreda. Que en cuanto á las relaciones de España con el Perú y con alguna otra de las repúblicas hispanoamericanas era cuestion de tratados y de cancelerias, de quien quiera que fuese la culpa de no estar definitivamente establecidas. Que el reconocimiento de la independencia era un principio hace ya tiempo tan admitido y tan sancionado por el gobierno español, que él respondia de que el gobierno actual estaba desde luego dispuesto á hacer un tratado con el Perú, y que por su parte ayudaria para ello, con tanto mayor interes, cuanto que el Perú es de las repúblicas que mayor iniciativa deben tener en el movimiento general de la regeneracion de la otra América. (Aplausos).

Tambien merecieron vivos aplausos un brindis del Sr. García Tassara en honor del ilustre general Serrano, gobernador y capitán general de la Isla de Cuba; uno del Sr. Perez Calvo por la señora condesa de Reus y su tierno hijo; uno del Sr. Echemendia, concebido en estos términos:

Señores: Despues de lo que con tanta oportunidad acaba de decirse, y á que de todo corazón me adhiero; particular-

mente en cuanto concierne al Exmo. señor conde de Reus, objeto del presente obsequio, séame permitido como español, hijo de la Isla de Cuba, añadir siquiera dos palabras. Brindo, señores, por el general ilustre, que firme en sus convicciones, y siempre consecuente, ha sabido en todas las latitudes, lo mismo en la zona tórrida que en la zona templada, defender la causa de la razon, de la justicia y de la libertad.

Y fueron no ménos aplaudidos los de los Sres. coronel Cortazar y D. Carlos Marti en honor del conde de Reus; uno del Sr. Barril (D. Roberto) en este sentido: "Al Sr. general Prim, que ha logrado en un dia lo que otros no pudieron en el espacio de cuarenta años;" y por último, uno del Sr. Palanca "por la independenciam de México."

Mucho nos complacemos en manifestar, y con esto daremos fin á nuestra reseña del banquete, ya tal vez algo prolíja, que entre todos los concurrentes reinaron la mayor cordialidad y armonía, siendo igual el entusiasmo manifestado hácia el esclarecido huésped por parte de los españoles como de los hispanoamericanos. No habia allí diferencia de nacionalidades; todos parecian unidos todavía por una nacionalidad comun, como lo estaban de hecho por los vínculos de la sangre, como individuos pertenecientes á una misma raza. Creemos mas [y si fuese una mera ilusion nuestra, siempre nos seria grato acariciarla]: creemos firmemente que, aun entibiado despues ese entusiasmo del momento, siempre han de dejar alguna huella en el corazon y en la memoria de todos, las impresiones recibidas en aquella noche tan halagüeña. Sí, al recuerdo del general Prim quedará asociado entre los españoles é hispanoamericanos de Nueva-York el de la cordial inteligencia que por primera vez los tuvo reunidos durante algunas horas como verdaderos her-

manos. Doble motivo de satisfaccion para nosotros y sin duda tambien para el mismo general, hasta por haber sido quien cabalmente dió lugar á la reunion con su casual venida á esta ciudad.

NUMERO 2.

COMIDA DADA POR EL SEÑOR ROMERO

Á CIUDADANOS DE NUEVA-YORK.

LEGACION MEXICANA EN LOS ESTADOS-UNIDOS
DE AMERICA.

NUEVA-YORK, Diciembre 12 de 1863.

NUM. 37.

Movimientos populares en favor de México.

Uno de los principales objetos que me decidieron á venirme de Washington á esta ciudad á fines del mes próximo pasado, fué el deseo de cumplir con la cláusula 9ª de las instrucciones que me comunicó ese ministerio, relativamente á obtener del pueblo de este país demostraciones públicas en favor de nuestra causa.

Desde mi llegada á Nueva-York me he ocupado con teson